

Un rato en la vida

M^a Carmen López Gallego

Era una mañana soleada de principio de verano, fui a primera hora de la mañana a hacer las compras pendientes. Ya de regreso a casa sentí la necesidad de ir a ver a mis padres, su casa está cerca de la mía... me pilló de paso. La calle de mis padres es larga y ancha, al final está su casa. Me encaminé hacia allí con la esperanza de que estuvieran, hacía calor y descansaría un rato. A lo largo del camino saludé a algún vecino –en el barrio nos conocemos todos–, llegué a casa de mis padres y llamé varias veces pero no había nadie. Salió la vecina de enfrente y me dijo con ánimo:

–Tus padres no están; estarán al llegar, se va acercando la hora de comer.

Le di las gracias. Por la hora que era, yo sabía que volverían pronto. Me quedé allí en la puerta esperando. El sol cada vez tenía más fuerza, entorné los ojos para ver mejor. A lo largo de la calle, a lo lejos, vi venir a mis padres... venían como siempre lo hacían, mi madre unos pasos por delante de él. Mi padre siempre lo hacía así, decía que era por si nos caíamos, porque así nos podía recoger.

Van despacio, se ve que están cansados por el calor y llevan toda la mañana por ahí, mientras los veo venir, de una de las esquinas cercana aparece mi hermano, un muchacho de unos diez años. Viene corriendo, se da golpecitos en la cadera y hace el relincho de un caballo; le gustan las películas de vaqueros. Cuando corre va al trote, de mayor sería bueno que tuviera un caballo. Poco a poco se van acercando mis padres, aún no se han dado cuenta de que estoy aquí esperándolos. De pronto, aparece mi hermana, es pequeña, llega del colegio con una mochila que apenas puede llevar. Se acerca a mí alegre y me dice ilusionada:

–¡Chacha, hoy he ganado una medalla en las olimpiadas del colegio, he sido la primera en una carrera! –yo, emocionada, la animo para que siga corriendo, al fin ¿qué es la vida sino correr de un sitio para otro? Y cuando acaba la carrera de la vida, con suerte, te dan

una corona de flores que no llegas a ver. Mi hermana se va animada y se dirige a enseñar la medalla a una amiga mientras vienen mis padres, que se han parado a saludar a unos vecinos. Ahora tendré que esperar más –pensé yo–.

Se pasa un rato y siguen hablando. Debe de ser algo importante por las horas que son, el sol se deja caer. Yo me pongo en medio de la calle, alzo los brazos para que se vengán ya. Mis hermanos están aquí con los zapatos polvorientos de la tierra de las calles; por las mañanas las mujeres las riegan un poco para sentar la tierra, pero conforme pasa un rato con el sol se seca el agua y cualquier cosa que pasa levanta polvareda.

Mis padres ya me han visto, vienen acelerando el paso. Mi padre levanta el brazo y, haciendo señas, la oigo decir:

–¡Ya vamos! No te vayas, que esa mujer quería saber cuándo viene el revisor de la luz.

Ya están llegando y yo sigo en mitad de la calle. En esto, un coche pita a mi espalda y, de repente, me sobresalto, me vuelvo: es el coche del repartidor del pan. Con apuro y un poco de vergüenza por haberme quedado allí tanto rato me subo a la acera y, al mirar para la calle, me quedo asombrada. La calle no es de tierra, está alquitranada. A lo largo de la calle hay árboles a ambos lados. La vecina de enfrente murió hace años. Mis hermanos se casaron. Ya no soy la chacha. Mis padres ya no vendrán a casa.

Si la felicidad son cuatro ratos en la vida, yo por un rato fui feliz. Tuve la suerte de ver a mis padres, de ser la chacha para mis hermanos. Entonces miré mis manos, sostenían las llaves de la casa, esas llaves que uso desde hace años. La casa está vacía, faltan los padres, mis hermanos y yo la mantenemos igual, es una casa grande con corrales donde nuestros pequeños juegan.

La vida es un rato, al final sólo nos queda el recuerdo de los que se van, el cariño y el afecto de los que quedan.

Cartas

El carnaval de mi pueblo

Una vez pasadas estas fechas, quiero hacer algunas puntualizaciones con relación a los carnavales. En primer lugar, felicitar a todas las peñas y asociaciones, por el magnífico e inigualable espectáculo que nos han ofrecido y que estoy seguro de que dan “higazo” a todo el mundo. Mi admiración y agradecimiento a las asociaciones de los colegios, que con el esfuerzo y la paciencia que se debe tener, consiguen despertar la admiración de todos, por la actitud y el comportamiento de unas “personillas” que “dan ganas de comérselas”. Vaya mi reconocimiento a todas las peñas que desfilan, ya que con el trabajo personal de sus componentes, después de sus horarios laborales, consiguen dar un espectáculo digno de figurar en los anales del buen hacer.

En esta ocasión me quiero detener en una determinada peña. Me estoy refiriendo a la Peña Los Canuthi. Como todas, también llevan una carroza, pero su verdadero espíritu es el que desde siempre figuraba en los carnavales, la “crítica”, que de forma jocosa y

sin acritud y teniendo presente en todo momento no herir a nadie, desarrollan de una manera magistral. Todos sus componentes hacen gala de la idiosincrasia tomellosera: son agudos, oportunos, inteligentes, saben decir la palabra justa en el momento justo, tiene un sentido del humor propio del manchego, sobrio y profundo. En una palabra son “catrales”, no son “bacines”, saben “meterse en varas” y no tienen “recochura” de hacer lo que hacen.

Este año, como será época de elecciones, ellos han querido hacer un partido político: *Robemos*, con un eslogan muy sencillo y efectivo, *Robamos de tó, no somos delicados*. Todos sus componentes se acercaban a los espectadores de las aceras y les explicaban de forma fehaciente sus deseos, lo que hacía aflorar la sonrisa y complacencia de los que les escuchábamos. Terminó reiterando mi felicitación a todos y, en especial, a Los Canuthi, para que en próximas ocasiones sigan con esa grandeza de espíritu que tanto agrada al pueblo de Tomelloso.

Julio Pérez

MICOLUMNA

Casos y Cosas

José Luis Albiñana

A VUELTAS CON LOS EXCREMENTOS DE LOS PERROS ¿HASTA CUANDO...? Efectivamente, ¿hasta cuando tienen –tenemos– que aguantar los ciudadanos de este Tomelloso de nuestras entretelas, soportar, “pisotear”, los excrementos de los perros? Que, por escasa o ninguna colaboración de los propietarios de los caninos, tengamos que estar insistiendo sobre este auténtico problema que roza la sanidad pública... Durante algún tiempo bastantes propietarios de perros se concienciaron, y como está mandado, cuando sus perros defecaban en las aceras de nuestra ciudad, recogían el “mandao” con su bolsita y lo depositaban en los contenedores de orgánicos. Pero, poco a poco se ha ido olvidando la obligación y muchos, muchos propietarios de perros, se lo toman a chacota y no se preocupan de recoger los excrementos que sus perretes han ido desperdigando por las aceras de nuestra ciudad.

Estos de los perros se lo tienen que tomar en serio: primero, contar con el obligatorio censo; segundo, que estén vacunados y tercero, que sus propietarios recojan “in situ” las “cacas” de sus animales.

Y por mucho que se diga y se escriba, solo hay una fórmula, para solucionar de una vez este grave problema: que los servicios de limpieza vial se encarguen –trabajo tan desagradable– de recoger los excrementos caninos, dotando al personal de limpieza de unos saquitos de arena o serrín, un recogedor y una escoba, distinta a la que emplean para la limpieza vial. Esta sería una buena solución. ¿Aceptarían los trabajadores realizar tal menester? ¿...? De paso recordar, que los trabajadores de la limpieza vial, todavía llevan sus chalecos reflectantes en blanco. Tienen que estar debidamente serigrafiados con “Servicio de Limpieza. Ayuntamiento de Tomelloso”.

UNA MANO DE PINTURA. Los habituales a asistir al Teatro Municipal se han quejado del deterioro que va teniendo la fachada del Teatro, por lo que reclaman una “manecilla de pintura”. (El Ayuntamiento dispone de personal para poder realizar este trabajo).

SIGUEN SIN PASO DE PEATONES. Los ciudadanos que allí transitan insisten sobre la necesidad de establecer un paso de peatones en la confluencia de la calle Concordia con la salida de la calle de Francisco Martínez El Obrero. Después de las obras de urbanización llevadas a cabo hace más de un año, o posiblemente dos, el tráfico en ese tramo de la calle Concordia se ha multiplicado bastante, de ahí que la salida de la plaza del Carmen, para acceder a la calle de la Concordia sea un alarmante peligro.

ALGUNOS QUIEREN CARGARSE AL MENSAJERO ¿O REÍRSE DE EL? De eso nada, amiguitos, el columnista, afortunadamente está de vuelta y conoce cómo “cojean” algunos. A estas alturas de la “película” poco nos importa que algunos intenten cargarse al mensajero –ahora que tan de moda está– lo califiquen o lo miren como un “bicho malo”. En Mi Columna, todo, absolutamente todo lo que aparece ha sido contrastado e incluso de alguna manera he hecho llegar personalmente a algún edil el problema. Pero se limitan a dejarlo pasar y hacernos un vacío que no merecemos por muchas circunstancias... Y lo malo de este caso, es que algunos rehúyan el saludo, se hagan los locos o miren para otro lado. (Eso ya lo tenemos olvidado). Pero lo que sí queremos –quiero recordar–, es que “los concejales son aves de paso”. Pues eso. Ya se les bajarán los humos y el “poderío”. Todos los concejales de uno u otro signo no son iguales, como ocurre con los dedos de la mano.

Y, por último, una queja: creemos que la Columna, que es seguida por todos – y esto no es un farol– los lectores de EL PERIÓDICO, incluidos los mandamases, lo primero que leen de nuestro PERIÓDICO es la Columna. La queja viene dada en que en aisladísimas ocasiones han respondido o informado sobre los casos expuestos. Como indicamos más arriba, afortunadamente “estamos de vuelta”. Ustedes, queridos amigos y servidores de todos los tomelloseros tienen la palabra. Y ya saben que cuando un ciudadano pide algo que considera justo y se le atiende, ese ciudadano, después lo agradece.